

Mempo Giardinelli

El Décimo Infierno

ALIANZA EDITORIAL

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / www.elsasuarez.com
Imagen: © Getty Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Mempo Giardinelli, 1998
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2017
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9104-777-3
Depósito legal: M. 10.020-2017
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Eres padre del fuego, pariente de la llama;
Más arde e más se quema cualquier que
te más ama; Amor, quien te más sygue,
quémasle cuerpo é alma, Detrúyeslo del
todo, como l'fuego á la rrama.

ARCIPRESTE DE HITA,
El libro de Buen Amor

¡Dios mío, hermano, qué no seremos ca-
paces de hacer por huir de la soledad!
¡Qué infierno no visitaremos por ahuyen-
tar nuestro miedo!

JOSÉ MANUEL FAJARDO,
Carta del fin del mundo

Para Sabina Bautista
y para Luis Sepúlveda.
Y para Osvaldo Soriano,
in memoriam.

Uno

En todo momento supe que lo que hacía era horroroso, pero lo hice. Una vez que me lancé por esa cornisa del Infierno, como una bola en el bowling que adquiere velocidad y fuerza a medida que se desliza, no me detuve más. No importaba cuántos pitotes iba a voltear. Sólo importaba rodar.

Un hombre que está por cumplir cincuenta años y se siente hecho, en el sentido de que ya hizo las cosas que quiso y pudo, y entonces está entre aburrido y desasosegado, no tiene más que dos alternativas: o empieza a disponerse a la vez, satisfecho por lo que hizo o frustrado por todo lo que no logró; o dispara sus últimos cartuchos y lo hace a todo o nada. Yo decidí esto último. Y Gris me hizo la pata. La muy inconsciente.

Les diré: Resistencia es una ciudad que mi madre llamaba Peyton Place, por una serie que fue muy famosa en los primeros años de la televisión en blanco y negro: La Caldera del Diablo, no sé si se acuerdan. Bueno, igual que Peyton Place, Resistencia es un pueblo norteamericano, sólo que

equivocado de lugar en los mapas y rodeado de un cinturón de pobreza impresionante, de esos que los norteamericanos jamás dejan ver. Allí nunca pasa nada, hasta que un día pasa de todo. El calor nos vuelve locos, y ésa es la única explicación a las cosas que pasan, cuando pasan. Yo no sé lo que provoca, pero una noche –porque generalmente todo sucede de noche– enloquecemos. Se te acaba el dinero, o la cerveza, o te hartaste de ver las mismas boludeces en la tele, y sentís que debés hacer algo. Romper algo, tirar todo abajo, gritarle a tu vecino, pegarle a tu mujer, no sé, algo.

Yo estaba cansado, pero no era un hombre infeliz. Antes de los cincuenta ya me había divorciado dos veces, mis hijos estudiaban uno en la Universidad de Buenos Aires y el otro en la Nacional de Córdoba, y yo vivía solo en una casa muy grande, en cuyo piso superior tenía un lindo departamento, una especie de enorme loft. En la planta baja vivía mi madre, ya viejita, al cuidado de una co-rentina sesentona muy dulce y eficiente que se llamaba Rosa. Las dos eran muy religiosas y vivían sus vidas simple y tranquilamente, tan virtuosas como soporíferas. Yo tenía un buen trabajo, independiente y rentable, que me permitía ser lo que en una ciudad como Resistencia se califica enjundiosamente como un excelente hijo. Todo mi pecado era la relación secreta que mantenía con Gris. Casada, ella. Y con mi mejor amigo.

No me vengan con moralinas: todo estaba bien y desde hacía cuatro años ésa era una relación perfecta. Griselda es una mujer fantástica. No sólo porque es bella, sino porque no hay nadie en el mundo con quien pueda divertirse uno tanto: su inteligencia es rápida y brillante, y a su agudeza le añade la gracia, el ángel de su actitud y una inmensa sabiduría que siempre me desconcierta y fascina. Y todo eso, perdónenme, es una mezcla explosiva. Apasionada y loca en la intimidad, ella también estaba harta de representar el papel de la irreprochable dama burguesa resistentiana. Cuando empezamos a ser amantes ella ya había dejado de ir al Club de Ikebana, no participaba del Patronato de Cancerosos y ni siquiera iba más a las reuniones de la Cooperadora Escolar del Santísima Trinidad. Ya no quería perder el tiempo inventándose actividades, ni pedir más permiso ni sentir más culpas por nada. Gris lo que quería era divertirse, gozar, vivir en movimiento y ser amada. Todo lo que el buenazo de Antonio no le daba.

Habíamos empezado casi de casualidad, hacía exactamente cuatro años, pero no les voy a contar cómo empezó todo. No hace falta. Sí, créanme que fue sensacional, excitante, y que en toda mi vida yo no había conocido una mujer así, tan fogosa, ni había sentido semejante calentura. Jamás me había entregado a una mujer como me entregué a ella, ni había visto que una mujer fue-

ra capaz de tanta entrega, tanta totalidad afectiva, quiero decir. Nos conocíamos desde mucho tiempo atrás, por lo menos diez años, y creo que nunca habíamos tenido fantasías mutuas. Por represión social o por lo que fuera, durante una década fuimos casi asexuados el uno para el otro. Hasta que un día, pum, estalló algo, una bomba, y bajo los escombros nos liamos como enredaderas, fundidos como dos metales en un caldero.

Griselda tenía unos años menos que yo. Nunca sabía si siete u ocho, porque ella siempre mentía la edad y su gracia para hacerlo era absoluta, incomparable. Desnuda sobre la cama, le encantaba que yo simplemente la mirara, masturbándome lenta y suavemente, mientras ella se movía como una contorsionista, sensual como una diosa, a la vez que me preguntaba, desafiante, si yo sería capaz de cambiarla por dos chicas de veinte. Y después se me lanzaba encima y me recorría el cuerpo con la lengua, deteniéndose en mis partes más sensibles, las costillas, las axilas, la entrepierna, las orejas, y me ordenaba que me quedara quieto y me poseía con una fineza, con una calidez que no sería yo capaz de describir. Se montaba sobre mí y giraba las caderas hacia los lados, en círculos, y le gustaba que yo le acariciara los pechos suavemente, adoraba que yo jugara con sus pezones gordos, de madraza que ha dado vida, y cerraba los ojos y me pedía que le dijese cosas chanchas, que la insultase, que le dijera sua-

vemente que era la puta más puta de todo el Chaco. Era fantástica: estaba pendiente de su placer pero también del mío, y yo miraba su sonrisa de gozo y era como ver a la Gioconda antes de posar, como imaginar a la Virgen María en el momento de amamantar a Jesucristo. Y de pronto me gritaba que le diera mi leche, que se la diera toda, que me secara completamente para ella, y me decía que ella era agua, que era el mar, que viera cómo se derramaba toda, y temblaba y me exigía que no me silenciara, que le jurara que la amaba y que se lo dijera salivándole la oreja, y yo así lo hacía porque era cierto, porque la amaba más que a nada en el mundo y porque además me encanta hablar mientras lo hago y sabía que Griselda alucinaba de que yo pudiera hacer el amor y hablar tanto al mismo tiempo.

No hace falta decir más: nos amábamos y al cabo de los primeros encuentros, de los tres o cuatro primeros meses, cuando vencimos la culpa, empezamos a enhebrar los lazos más profundos del amor: la amiga que también era, el consejero que también yo era, las interminables charlas acerca de los hijos (sus dos muchachas son ya adolescentes, aunque menores que los míos), los chismes de la ciudad que tanto nos divertían, los amigos comunes y sus frustraciones, el Club Náutico, el pequeño universo provinciano en que nos movíamos. Y por supuesto hablábamos de nuestro secreto, que era nuestra fuerza, porque desde el

comienzo nos habíamos juramentado a que ninguno hablaría con nadie, pero absolutamente nadie, de esa relación. De lo único que jamás habíamos, el nombre que jamás se pronunciaba, era por supuesto el de Antonio. Quien además de mi amigo y su marido, era mi socio en la Inmobiliaria Nordeste Argentino, S. A.

Por supuesto, él lo sabía. Al menos yo siempre estuve convencido de que lo sabía. Una mujer como Griselda puede engañar a todo un pueblo, por supuesto, pero no a su marido, y sobre todo si el marido no es un tonto. Y Antonio no lo era. Nunca entendí por qué procedía así, pero la verdad es que jamás hizo un mínimo gesto, jamás le hizo preguntas a ella ni manifestó enojo alguno conmigo. Jamás. Siempre aceptó todo en silencio. Era cornudo y se lo bancaba. A mí eso me desesperaba y a veces, de la rabia, sentía ganas de decírselo, ganas de gritarle que me estaba recogiendo a su mujer y que no fuera tan pelotudo, me daban ganas de zamarrearlo preguntándole por qué mierda se lo bancaba. La verdad es que no puedo decir exactamente desde cuándo él sabía lo nuestro, pero yo sé que lo sabía. Y Gris también sabía que él sabía. Pero de eso no habíamos.

Esto que les cuento es una cretinada, abyección pura, ya lo sé. Pero me he propuesto narrar las cosas como fueron. Nada de tener cuidados ni disimular. Al pan, pan, etcétera... Fue todo tan

explícito y evidente cuando lanzamos a rodar la bola de bowling sobre la pista, que todavía me da gracia la pobre inocencia de la gente. Ni siquiera me parece tierna; me parece estúpida. Porque aquí la gente suele creer en lo que no debe y se traga cuanto sapo hervido le ponen en la sopa. Está demasiado extendida, es demasiado popular la imbecilidad urbana como para que uno vaya a tenerles piedad. Eso es tarea de los políticos, o de los curas, que mienten siempre y prometen lo que ni siquiera conocen. De modo que al menos aquí, lo más conveniente es ser obvio. Las sutilezas son demasiado para ciertos pueblos. Usted no puede darle caviar a las gallinas.

El caso es que una tarde, después de hacer el amor y terminar exhaustos como dos ciclistas que corrieron el Tour de France, nos fumamos un pucho y yo le dije, de modo casual, como jugando:

—Deberíamos matar a tu marido.

Y Griselda, sin reparar en la enormidad de mis palabras, como si lo importante hubiese sido que yo no pronunciara el nombre de mi amigo, y sin detenerse a reprocharme nada, ni siquiera sorprendida, simplemente dijo:

—¿Y cómo lo haríamos?

Dos

—No sé —respondí—. Le rompo la cabeza de un palazo.

Ella se rió como si yo hubiese hecho un buen chiste delicado, no de los que merecen una carcajada estentórea sino sólo una risita educada y acaso un poquitín nerviosa.

Pero así lo hice. Fue en el living de la casa de ellos, la noche siguiente. Y fue esa noche por la sencilla razón de que unas horas antes, durante la tarde, habíamos cobrado el efectivo de tres boletos de compraventa que sumaban casi doscientos mil dólares, los cuales habíamos guardado en la caja fuerte de la Inmobiliaria e íbamos a depositar en el Banco Río a la mañana siguiente.

Cuando terminamos de cenar, como tantas noches en las que yo iba a comer a casa de ellos y me quedaba hasta la medianoche charlando de negocios, planeando alguna operación comercial de las que tantos beneficios nos habían brindado, Antonio y yo nos quedamos charlando del próximo remate de unos lotes en Villa Paranacito. Era un nuevo emprendimiento, que por supuesto no

iba a tener todo lo que nosotros íbamos a ofrecer: las obras de extensión de la luz eléctrica y el agua potable no estaban ni siquiera licitadas, el pavimento tampoco, había problemas todavía con la sucesión de una familia numerosísima, y en fin, lo único bueno era para nosotros: quinientos lotes alrededor de un afluente del Paraná que realmente era precioso un par de meses al año, en primavera, pero el resto del año era un pantano infecto. Nosotros, planeaba Antonio, que para vender era un mago, lo ofreceremos como un futuro paraíso regional, un barrio parque con agua, sol y naturaleza impoluta, la mejor inversión del Mercosur, y se reía, el muy canalla, porque se sabía capaz de venderle el obelisco a un porteño.

Griselda se levantó a preparar el café, y un minuto más tarde yo interrumpí a Antonio diciéndole que me había olvidado de algo en la cocina y fui tras ella. Por supuesto, Antonio toleraba esas cosas. Debía saber perfectamente que yo solía ir detrás de ella a la cocina y allá nos manoseábamos, pero jamás reaccionaba, jamás hacía nada. Era mi amigo y yo bien sé que no era ningún boludo; era astuto, inteligente, brillante para los negocios. ¿Por qué carajo callaba, entonces? No lo sé ni lo sabré jamás, pero ya dije que eso me volvía loco porque me recordaba a mi madre, tan pelotuda siempre que se bancó toda la vida que mi viejo la engañara y encima la fajara. De niño, con mis hermanas, nos criamos escuchan-

do aquellas palizas y viendo a mamá amoratada, herida, pero sobre todo en silencio. Me volvía loco, el silencio. Ese no decir nada, esa aceptación mansa. Odio el silencio, me mata, me desespera, no entiendo por qué callan y se refugian en esa especie de sufrimiento sordo. Creo que no los banco porque de hecho los silenciosos tienen como un arma secreta, poderosa, no sé, me joden los que callan. Detesto a los estoicos, los modositos, los correctos de mierda. Yo hubiera querido que mamá fuera menos resignada y resistiera, que protestara, que dijera algo o le encajara un palazo en la cabeza a mi viejo. Pero nada. A mí me mataba la impotencia de mamá, pero también, con el tiempo, me desesperó la mía propia, porque yo pensé muchas veces matar a mi viejo. Y creo que no lo hice porque se murió antes. Paradójicamente, lo salvó aquel infarto masivo. Si no era su propio corazón de mierda, lo hubiese matado yo.

Cuando entré a la cocina, Griselda estaba muy nerviosa, desencajada. Yo ya le había dicho por teléfono que la cosa sería esa noche, y ella había escuchado la conversación sobre el dinero que estaba en la caja fuerte de la inmobiliaria. Con un movimiento de cabeza me pidió que no lo hiciéramos y murmuró por lo bajo que era una locura, que por favor, que no, pero yo me fui derecho a la pala de jardinero que siempre estaba junto a la puerta trasera de la cocina. Era de acero templa-